



La oración

La oración es el acto de fe por excelencia. Y sin la fe la oración no tiene sentido. No hay fe, reconocimiento de Dios, sin que se intente encontrarlo, situarnos en su gracia que nos rodea por todas partes.

La oración ocupa por ello un puesto muy importante en la biblia. En primer lugar están, evidentemente, los salmos, que todavía constituyen un elemento importantísimo de nuestra propia oración; más interesantes todavía quizá son las oraciones que se encuentran en los libros históricos, en el libro de Samuel por ejemplo, oraciones viriles,

adultas, sólidas y que constituyen la manifestación de una fe absoluta en el Dios de la alianza. La oración ocupa un lugar muy importante en el Nuevo Testamento, sobre todo en los evangelios, que nos dicen que Jesús rezó y nos transmiten algunas de sus oraciones y su enseñanza sobre la oración, enseñanza que surge evidentemente de su propia experiencia: cuando Jesús habla de la oración, lo hace normalmente partiendo de la suya. Entre los cuatro evangelistas, es Lucas el que más insiste en la oración. Vamos a releer su evangelio estudiando en primer lugar la oración de Jesús, y después la de sus discípulos.

I. LA ORACION DE JESUS

Querer hablar de la oración de Jesús es una pretensión bastante desmesurada. La oración, incluso la nuestra, es esencialmente secreta, misteriosa; jamás podremos dar un juicio sobre la oración de los demás, ni sobre la nuestra. En efecto, la oración es algo muy distinto de los gestos o palabras que pueden acompañarla o expresarla: por ser acto esencial de la fe, trasciende siempre las fórmulas que la expresan: nunca puede ser reducida a las palabras pronunciadas, y muchas veces nuestra mejor oración es aquella en la que faltan las palabras. Si toda oración está fuera de nuestro alcance, ¿cómo podemos pretender hablar de la oración de Jesús, de ese Jesús que se sitúa ante Dios como nadie lo hizo ni lo hará: en una asombrosa intimidad que se desprende de su actitud general, de su comportamiento, de su manera de actuar ante la ley, ante el reino de Dios? La sola palabra «abba», pronunciada en Getsemaní, nos abre, sobre esta intimidad, insondables abismos: abba es el término utilizado por el niño pequeño cuando habla a su padre, es nuestro «papá», palabra que ningún judío habría osado utilizar para dirigirse a Dios¹. Incluso nosotros, en nuestra oración, ¿nos atrevemos a decir «papá»? Por ello, ¿cómo podremos atrevernos a hablar de ese Jesús que se sitúa ante Dios de manera única, con nuestra incredulidad, nuestro egoísmo, nuestra frialdad?

Es necesario hacerlo sin embargo y los evangelios lo han hecho; nos dicen, por un lado, lo que Jesús les enseñó sobre el particular, y por otro cómo rezaba él, ya que es posible que le hubieran oído dirigirse a Dios. Cuando hoy pensamos en la oración, nos imaginamos muchas veces la contemplación silenciosa, sin palabras. En el mundo de Jesús, la oración en voz baja no existe. Textos rabínicos nos cuentan que a veces se decía a la gente que estaba rezando en el templo: «no recéis tan alto»; en hebreo, el verbo «rezar» se dice «gritar». Los discípulos debieron oír

a Jesús rezar en voz alta y pudieron hacerse una idea de su oración en los momentos importantes de su vida. Jesús quiso que su oración se escuchara, quiso definir nuestra oración partiendo de la suya, y esto es lo que nos anima a hablar de ella con infinito respeto.

Intentaremos entrar en esta oración siguiendo una serie de círculos concéntricos, empezando primero por la oración de Jesús, desde el exterior: los que le vieron rezar, ¿qué nos dicen de su oración? Más tarde podremos estudiar las oraciones que nos han transmitido y que nos permitirán penetrar en el fondo de su pensamiento.

I. JESUS EN ORACION

En los evangelios se encuentran una serie de ocasiones en las que se nos muestra a Jesús rezando, sin que se nos hable del contenido de su oración. Distingamos, en primer término, las oraciones comunitarias del pueblo judío y sus oraciones personales.

1. La oración de un pueblo

Jesús, como buen judío que era, se metió de lleno en la oración de su pueblo. Los evangelistas nos dicen, sobre todo Juan, que Jesús subía al templo en las fiestas. Para él, el templo es «la casa de oración», como nos lo dice al expulsar a los vendedores del templo. En él rezó, como laico que era, sumergiéndose de lleno en la oración de su pueblo.

Lucas es el único que nos narra el episodio en el que Jesús, a los doce años, sube al templo con sus padres. A los reproches de María, que le encuentra después de tres días de búsqueda en el templo, responde: «¿No sabiais que debía estar en la casa de mi Padre?». La primera frase de Jesús en los evangelios es para decir a sus

¹ Véase el hermoso libro de J. JEREMIAS, *Abba. Jésus et son Père*. Seuil, Paris 1972, 142 p.

padres de la tierra que su Padre está en el cielo. Y no se trata de una pura casualidad que su última frase en el evangelio de Lucas sea: «Padre mío, en tus manos pongo mi espíritu». Jesús se sitúa continuamente como hijo. Ha entrado totalmente en la liturgia de su pueblo, en la fiesta de la pascua, y si no siguió a sus padres, es quizá debido sobre todo a esa alegría de la oración en la casa de su Padre.

Se ve igualmente a Jesús entrar todos los sábados en la sinagoga. Se nos habla de la predicación que en ella hacía o de los milagros que realizaba, y no de su oración. Pero a la sinagoga se iba para rezar: se leían las Escrituras, se escuchaba la predicación, se cantaban los salmos y las bendiciones. Jesús entró en la oración de su pueblo ².

En los evangelios encontramos una serie de indicios de su oración formada en la piedad judía; comienza sus comidas con la bendición, el «benedicite» clásico del judaísmo: «Bendito seas, Padre nuestro, que nos das este pan...»; la hace en la multiplicación de los panes, en la cena, en Emaús. Es más que claro que Jesús conoce y utiliza estas oraciones de la piedad judía clásica. Cuando le preguntan cuál es el mandamiento más importante, recita el «Shema», la oración judía que se recitaba tres veces al día: «Escucha, Israel, el Señor Dios es el único señor. Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas...» (Mc 12, 29-30).

Existe, finalmente, otra huella de la influencia de los salmos en las palabras de Jesús. Nos encontramos con tres citas explícitas y otras ocho, por lo menos, implícitas. Da la impresión de que Jesús conocía los salmos de memoria y que formaban parte de su lenguaje. Su última oración será un salmo: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Sal 22) en Mt Mc, o «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» (Sal 31) en Lucas.

Al estudiar la oración de Jesús desde el exterior, cons-

² R. ARON en sus dos libros, *Los años oscuros de Jesús*. Taurus, Madrid 1963, 368 p. y *Ainsi priait Jésus enfant*. Grasset, Paris 1968, 269 p., reconstruye bien la oración judía en esta época y cómo pudo formar la piedad de Jesús en su infancia. Se encuentran igualmente algunas de estas oraciones, cantadas con melodías tradicionales, en el disco «Ainsi priait Jésus enfant» (SM 30 M-366).

tatamos que utiliza las formas clásicas de la oración de todo buen judío de su tiempo. Pero los evangelios nos hablan igualmente de la oración personal de Jesús.

2. La oración personal de Jesús

Fácil es constatar que, en su vida, Jesús consagra una parte importante a la oración.

Marcos la menciona en dos ocasiones. La noche de la primera jornada de Cafarnaún, en la que Jesús ha realizado varios milagros, todo el mundo se va a la cama contento. Pero Jesús se levanta y sale. Sus discípulos van en su busca y le encuentran en oración, fuera (Mc 1, 35). Después de la multiplicación de los panes, despide a la muchedumbre, y a sus discípulos igualmente, para que no se contagien del entusiasmo carnal y se va, solo, al monte, a rezar (6, 45). Nada se nos dice del contenido de estas oraciones, pero nadie nos prohíbe imaginar lo que éstas pudieron ser.

La primera se sitúa al principio de su misión; es la primera jornada de milagros; de ahí partirá para predicar en otros lugares. Podemos pensar que su oración pudo muy bien ser una acción de gracias, una oración de esperanza, de compromiso en la misión que ha recibido del Padre. En la segunda se encuentra en un momento decisivo de su ministerio: con la multiplicación de los panes se aclarará un equívoco, por vez primera asistimos al entusiasmo popular, y la gente vendrá para pedirle panes que él no tiene gana alguna de darle. No es difícil imaginar su oración para que el evangelio sea escuchado en su pureza y exigencia propias.

Lucas ha consagrado mucha más importancia a la oración de Jesús. Reproduce los dos momentos de la oración de Marcos, situándolos en un contexto un tanto diferente que les da un sentido bastante nuevo. Pero lo más interesante es que sólo él menciona otras cuatro oraciones de Jesús.

El bautismo de Jesús (Lc 3, 21)

Jesús viene para que Juan le bautice: se trata de un dato común a los cuatro evangelios; más aún, es una de

las raras ocasiones en las que Juan está de acuerdo con los otros tres. Para comprender mejor la novedad de Lucas, leamos en primer lugar a Marcos. «Por aquellos días, llegó Jesús desde Nazaret de Galilea y Juan lo bautizó en el Jordán. Y, en seguida, mientras salía del agua, vio rasgarse el cielo y al espíritu bajar hasta él como una paloma. Se oyó una voz del cielo: 'Tú eres mi hijo, a quien yo quiero, mi predilecto'» (Mc 1, 9-11). Parece que Marcos se contenta con contar sencillamente lo que sucedió en el bautismo. Lucas añade una serie de matices: «Después de un bautismo del pueblo en masa y de bautizarse también Jesús, mientras oraba, se abrió el cielo, bajó sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma, y se oyó una voz del cielo: 'Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto'» (Lc 3, 21-22). El bautismo de Jesús es la cumbre, la conclusión del bautismo del pueblo entero. Jesús entra dentro del movimiento de su pueblo que vuelve a Dios recibiendo el bautismo de conversión, no porque tenga necesidad de convertirse también él, sino porque quiere entrar dentro del movimiento de su pueblo, terminándolo. Con él, la preparación se termina. Por ello, Lucas no se preocupa tanto del bautismo cuanto de lo que sigue. «Jesús también se bautizó, y mientras oraba...». Sólo Lucas menciona esta oración de Jesús, y en el entorno de esta oración es donde Jesús recibe el don del Espíritu y escucha la voz del Padre: la oración es el lugar del encuentro. Jesús recibe el Espíritu y, en la mentalidad judía, esto quiere decir que ha sido investido como profeta, reconocido como hijo, como mesías, ya que es al mesías a quien Dios dice siempre: «Tú eres mi hijo». Jesús recibe su misión en la oración. Es interesante señalar la unión entre oración y misión, ya que la volveremos a encontrar a lo largo de todo el texto de Lucas.

Oración en la predicación (Lc 5, 16)

Marcos nos ha presentado a Jesús pasando la noche en oración después de los milagros de Cafarnaún (Mc 1, 35). Lucas menciona algo parecido, pero sitúa este episodio un poco más lejos: después de la jornada de Cafarnaún, menciona la curación de un leproso, y concluye: «Se hablaba de él cada vez más, y mucha gente acudía a

oírle y a que los curara en sus enfermedades. El, en cambio, solía retirarse a despoblado para orar» (5, 15-16). El verbo está en participio («orando»), lo cual sugiere una idea de permanencia: la misión de Jesús, su predicación, están continuamente alimentadas por su oración, se desarrollan en un ambiente de oración.

Oración en la elección de los apóstoles (Lc 6, 12)

Los tres sinópticos nos cuentan cómo Jesús llamó y eligió a sus discípulos, pero sólo Lucas menciona la oración de Jesús. «Por aquel entonces, se fue a la montaña a orar y se pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió a doce de ellos y los nombró apóstoles...» (6, 12-13). Así, en Lucas, esta llamada de los apóstoles, su vocación, es el fruto de una oración de Jesús.

Oración antes de forzar a los discípulos a elegir (Lc 9, 18)

Marcos nos ha hablado de esta oración de Jesús después de la multiplicación de los panes (Mc 6, 46). Lucas la menciona también, pero como ha suprimido una serie de elementos de Marcos, esta oración en el texto de Lucas precede inmediatamente a la confesión de Pedro en Cesarea: «Una vez que estaba orando solo en presencia de sus discípulos, les preguntó: '¿Quién dice la gente que soy yo?.. Y vosotros, ¿quién decis que soy?'» (9, 18-21). Al terminar su oración, Jesús pondrá a sus discípulos entre la espada y la pared, les obligará a pronunciarse. Una vez más, constatamos que la oración de Jesús dirige su acción.

Transfiguración en la oración (Lc 9, 28-29)

En Mt y Mc da la impresión de que Jesús sube a la montaña para ser transfigurado (Mt 17, 1; Mc 9, 2). En Lucas, sube a la montaña para orar: «Jesús tomó a Santiago, a Pedro y a Juan, y subió a la montaña para orar; y

sucedió que, mientras estaba orando, el aspecto de su rostro cambió». Igual que en el bautismo, la teofanía, la manifestación de Dios tiene lugar como respuesta a la oración de Jesús. En Mt-Mc, la transfiguración se presenta como algo extraordinario y reservado a Jesús: la intención de Lucas ¿no será decirnos que todo cristiano, en el encuentro con Dios en la oración, puede experimentar algo semejante?

Entrar en la relación filial de Jesús (Lc 11, 1)

Volveremos más tarde a ocuparnos de esta sección en la que Lucas nos transmite la enseñanza de Jesús sobre la oración (11, 1-13). Ahí es donde se encuentra el «Padre nuestro». También Mateo procede así, pero, ¡qué diferencia entre los dos! En Mateo, Jesús presenta su nueva ley en el «sermón de la montaña»; en este gran «catecismo» hay un capítulo consagrado a la oración y el «Padre nuestro» es presentado como un ejemplo de oración. En Lucas, la ocasión es totalmente diferente: «Una vez estaba Jesús orando en cierto lugar; al terminar, uno de sus discípulos le pidió: 'Señor, enséñanos a orar, como Juan les enseñó a sus discípulos'. El les dijo: 'Cuando recéis, decid: Padre...'. El «Padre nuestro» no es aquí una oración que se aprende. Los discípulos están impresionados por la relación que adivinan existe entre Jesús y Dios y quieren entrar igualmente en este tipo de relación; están tan impresionados que no se atreven a interrumpir («al terminar...»). La oración que Jesús enseña proviene de su propia oración; su oración es el fundamento y la raíz de la nuestra.

Hasta ahora hemos permanecido al exterior de la oración de Jesús; como los discípulos, admirados, le hemos contemplado orando, desde lejos; pero esto nos ha bastado ya para percatarnos de algo importante. Hemos constatado la insistencia de Lucas en la oración de Jesús y su empeño en ponerla en relación con su misión: la menciona en el bautismo, es decir en el punto de partida de su misión, en su predicación y sobre todo a propósito de las relaciones de Jesús con sus discípulos: ora antes de

elegir a los doce, ora antes de forzarles a pronunciarse sobre su persona: «¿quién decís que soy yo?», ora igualmente antes de la revelación de la transfiguración. Finalmente, esta oración de Jesús en los grandes momentos de su vida se define como la fuente de nuestra propia oración: Jesús puede enseñarnos el «Padre nuestro» porque él mismo reza.

Hemos contemplado a Jesús rezando, desde lejos. Ahora podemos acercarnos y escuchar las oraciones que formuló.

II. LAS ORACIONES DE JESUS

Lucas menciona cinco oraciones de Jesús; tres de ellas son exclusivas del tercer evangelista, pero incluso en las otras añade bastantes matices personales.

Alabanza por la realización de la misión (Lc 10, 21)

La exclamación de alegría de Jesús ante la revelación de los misterios de Dios a los pequeños se encuentra igualmente en el evangelio de Mateo (11, 25), pero el contexto en el que Lucas la sitúa es totalmente distinto.

Mateo sitúa la oración «Te doy gracias, Padre, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos...» en un contexto de incredulidad. Hay un gran contraste entre los pequeños, los pobres, que han creído y los sabios de Israel que no han creído. Por esto, Jesús da gracias.

Lucas nos cuenta esta oración después de la vuelta en misión de los setenta y dos discípulos; éstos, llenos de alegría, exclaman: «¡Señor, incluso los demonios se nos sometían en tu nombre!». Pero Jesús les dice: «¡No os alegréis por esto, sino de que vuestros nombres están escritos en el cielo. Alegraos de la gracia que se os hace y no de vuestros propios méritos!». Lucas insiste aquí en la acción de gracias de Jesús, pero la transmite una vez más con sus propios matices. «En aquel momento, con la alegría del Espíritu Santo, exclamó: Bendito seas...»: la

oración de Jesús surge en el Espíritu. Lucas nos recordó en el momento del bautismo que Jesús había recibido el Espíritu, que él es profeta conforme a la tradición bíblica según la cual el Espíritu es quien anima la palabra del profeta. Aquí, el Espíritu anima la oración; probablemente nos encontramos aquí con una reflexión sobre los carismas en la iglesia, la oración es suscitada por el Espíritu y Jesús la posee plenamente. Detrás de todo este vocabulario, se perfila la teoría de Pablo: el Espíritu clama en nosotros «Abba-Padre» (Rom 8, 15.26; Gál 4, 6).

Inspirado por el Espíritu, Jesús exclama: «Bendito seas, Padre, señor del cielo y de la tierra, porque si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla. Sí, Padre, bendito seas por haberte parecido eso bien». Lo que sigue no es ya una oración, sino una palabra de revelación. Esta oración es una alabanza: Jesús constata el hecho maravilloso de Dios; y es al mismo tiempo una oración filial, ya que se dirige al Padre. Existe como un choque entre la intimidad, la confianza que esta palabra Padre sugiere y la majestad gloriosa que aparece en «señor del cielo y de la tierra». Lo mismo encontramos en el «Padre nuestro»: el «Padre» infinitamente próximo es igualmente el que «está en los cielos». ¡Misterio y proximidad de Dios!

Se alaba a Dios por haberlo revelado a los pequeños y ocultado a los sabios. Se trata de una antítesis, de forma semítica, abrupta, que no debemos tomar al pie de la letra. Jesús alaba a Dios que se revela a los pequeños como si los grandes no quisieran creer; Dios no se ha escondido ante ellos, lo que hace es solamente tolerar que no crean; tenían que haber dado una serie de pasos, hacer una opción que no han hecho.

Esta oración de Jesús es al mismo tiempo una reflexión sobre su propio ministerio: constata que los pequeños vienen a él, y lo atribuye a su Padre.

La oración en favor de Pedro tentado (Lc 22, 31-32)

Durante su última cena, Jesús anuncia a Pedro sus negaciones: «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido

por ti para que no pierdas la fe. Y tú, cuando te arrepientas, afianza a tus hermanos». Jesús ha orado por Simón en el marco de un ataque de Satán, de una tentación que no es otra sino la pasión. Y Jesús está seguro de ser escuchado.

Oración en el monte de los olivos (Lc 22, 39-46)

La oración más detallada que tenemos de Jesús es la de Getsemaní, o mejor dicho, la del monte de los olivos, ya que Lucas ni siquiera pronuncia el nombre de Getsemaní³. Esta oración adquiere todo su sentido del contexto en el que se encuentra. Jesús, en la última cena, acaba de ofrecer la copa de su sangre: «Esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza». Ofrece esta copa y, una hora después, parece que todo se vuelve a poner en tela de juicio: «Padre, si es posible, que esta copa se aleje de mí...». Se pregunta si la aceptará o la rechazará; finalmente, la acepta: «No lo que yo quiera, sino lo que tú quieres». Estas dos frases resumen la lucha interna que debió durar dos o tres horas. Dolorosa oración de Jesús desgarrado ante la cruz, tentado de rechazar. En Mt Mc, Jesús se vuelve dos y tres veces hacia los discípulos para buscar el consuelo y la ayuda de su presencia: «No habéis podido velar ni una hora conmigo», y les previene: «la carne es débil». Lucas construye su relato de manera diferente.

Todo el texto está encerrado en una inclusión (frase dicha al principio y al final del texto): «Al llegar al lugar del monte de los olivos, les dice: pedid no ceder en la prueba». Esta será igualmente la última frase: «Levantaos, y pedid no ceder en la prueba». Esta frase, en Mt Mc, se encuentra en medio del relato y no constituye la intención principal del texto. Lucas ha centrado el episodio en la enseñanza que debe sacar el cristiano de la tentación: como Jesús, debe rezar para no ceder a la prueba. Y como en Mt Mc, Jesús, en Lucas, vacila durante una o dos

³ Lucas, que es griego, evita conscientemente los términos hebreos. La palabra «Amén» por ejemplo se encuentra 30 veces en Mateo y sólo 6 en Lucas.

horas entre el rechazo y la aceptación. No rechaza de buenas a primeras, pero su aceptación es lenta, costosa. Aquellos que nunca han sido tentados tienen permiso para escandalizarse de la tentación de Jesús. Pero para todos nosotros que tan bien la conocemos ¿no es lo que nos da fuerza saber que Jesús, nuestro Señor, fue tentado y salió victorioso de la prueba?

En este relato se encuentran dos elementos propios de Lucas.

«Se le apareció un ángel del cielo que lo animaba». Los ángeles no están muy de moda actualmente en la santa iglesia de Dios. Tuvieron su momento de gloria, y actualmente están pasando por un período más bien bajo. Las gentes que pretenden ingenuamente ser modernas dicen: ¡todo esto pertenece al mundo de lo maravilloso! Pero, en nuestro texto de maravilloso hay más bien poco: el Hijo suplica a su Padre; se nos dice que éste le reconforta por medio de un ángel. Es un tema de oscuridad y de fe, un tema de tinieblas. En el Antiguo Testamento, cuando Dios tiene algo que decir, viene él mismo: se produce una teofanía. Aquí, Dios no se manifiesta, dejando a Jesús en su pobreza humana, como dejó a María, en la anunciación, en el mundo de la fe, en el orden del conocimiento humano normal.

Por otro lado, este ángel parece que tiene su origen en la historia de Elías (1 Re 19, 7). Elías se encuentra sumergido en la misma tentación de desesperación que Jesús, y un ángel del Señor le fortifica (el mismo verbo) trayéndole pan y agua para que camine, reanimado con este alimento, hasta el monte de Dios, el Horeb. Es probable que este ángel de Getsemaní exprese el tema del fiel asistido en la tentación, pero al que Dios ayuda sin mostrarse, asistido por medio de un intermediario, por un ángel, en la oscuridad, en la noche. Ni asunto maravilloso, ni teofanía: como a María en la anunciación, se deja a Jesús en su condición humana.

Otro elemento es también propio de Lucas: «al entrar en combate» (mejor que en «agonía»), Jesús ora con insistencia y su sudor se convierte en gotas de sangre que caen a tierra. El relato de Lucas es más sencillo que el de Mt Mc: todo se centra en la tentación de Jesús, en el drama de Jesús desgarrado, sudando sangre, solo en la noche.

Lo que se saca antes de nada de este texto es que la oración de Jesús es difícil —él mismo nos lo dirá en su enseñanza—. Hay que gritar en la noche, insistir, tener ánimos. La oración es un acto de valentía espiritual.

Oración en la cruz

La última oración de Jesús en cruz es diferente en Mt Mc y en Lc.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado..?» (Mt 27, 46; Mc 15, 34). Muchas veces se ha interpretado esta oración de los textos Mt Mc como si se tratase de un grito de desesperación: para salvarnos de la perdición, fue necesario que Jesús pasase por el infierno, experimentase el amargor de la condenación. Se trata de una estúpida interpretación, de una falsa idea de las relaciones del Padre y del Hijo. ¿Cómo imaginarnos a ese Padre que se alegra de ver sufrir a su Hijo? Y en Getsemaní es precisamente donde el momento es más duro y terrible, más incluso, por lo menos moralmente, que en la cruz, y ahí es donde Jesús se dirige a su Padre llamándole «Abba, papá»: todo es posible, haz como quieras.

¡Qué errores tan imperdonables hemos cometido por empeñarnos en ignorar el Antiguo Testamento! «Dios mío, ¿por qué..?», es el primer versículo del Sal 22. No podemos pararnos en este primer versículo: detrás viene el resto del salmo. Cuando nosotros, actualmente, decimos «Te Deum» o «Magnificat», en sí nada quiere decir esto. La gente que no conoce el cristianismo se preguntará, al oírnos estas expresiones, qué es lo que queremos decir; pero nosotros, al utilizar estos términos, evocamos todo el texto y así expresamos nuestra acción de gracias. Cuando Jesús clama: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado..?», evoca todo el salmo del que recita su primer versículo. Ahora bien, es el único salmo del Antiguo Testamento que entrevé la salvación de los paganos y de todos los muertos: «Todos los pueblos paganos se prosternarán ante ti... Mi alma vivirá para el Señor...». Jesús eligió para decirlo sobre la cruz el único texto que entraña una esperanza universal y escatológica en una oración de súplica.

Cuando uno está muriéndose, no hace discursos (salvo en las novelas y películas malas). Según las leyes de

nuestra psicología humana –y Jesús era un hombre–, lo que generalmente viene a labios de un hombre moribundo es aquello que precedentemente más le ha obsesionado.

Si Jesús murmura en la cruz: «Dios mío, por qué me has abandonado», no está recitando el salmo del silencio ante Pilato, bajo los golpes de la flagelación, del silencio de las manos desgarradas por los clavos. En este último momento de conciencia, lo que expresa es la obsesión de su pensamiento, lo que durante todos los días de su vida había rezado.

Esta oración debía escandalizar ciertamente a los griegos que no conocían bien la biblia. Por esto es probable que Lucas la cambiase por otro versículo, sacado de otro salmo de confianza, como el Sal 27, pero menos trágico y más fácilmente comprensible: «En tus manos pongo mi espíritu» (Lc 23, 46 = Sal 31, 6). Y añade: «Padre»: en el momento de morir, Jesús se pone totalmente en manos de su Padre.

La oración del perdón (Lc 23, 34)

Lucas es el único que nos presenta a Jesús rezando por sus verdugos: «Padre, perdónales porque no saben lo

que hacen»; oración de perdón, oración que corresponde a la enseñanza sobre el perdón de Jesús a los enemigos y sobre la caridad.

En estas cinco oraciones podemos descubrir algunas de las características de la oración de Jesús. Es una *oración filial*: todas comienzan por «Padre» (menos en Mt-Mc el «Dios mío, por qué...»), lo que nos hace entrever ligeramente el misterio de una intimidad insondable. Esta oración está siempre *referida a la misión*: «Te doy gracias, porque has revelado esto a los pequeños»; oración para que Simón y los discípulos no caigan en la tentación. Es una oración de *sumisión dolorosa, de abandono total* en las manos del Padre.

Hay que reconocer que los textos son escasos, pero por otro lado es muy posible que remonten al mismo Jesús, ya que Jesús rezaba en voz alta. Corresponden perfectamente a todo lo que Jesús dijo de su Padre y de sí mismo. Ahora bien, Jesús hizo de su oración la fuente de la oración de sus discípulos y de la nuestra.

II. LA ORACION DE LOS DISCIPULOS

Mt 6, 9-13

Padre nuestro del cielo,
hazte reconocer como Dios,
haz que venga tu reino,
haz que se haga tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy
el pan que necesitamos,
perdónanos nuestras faltas contra ti,
como nosotros hemos perdonado
a los que tenían faltas contra nosotros,
y no nos expongas a la tentación,
mas líbranos del tentador.

Lc 11, 1-4

Padre,
hazte reconocer como Dios,
haz que venga tu reino.

Danos
el pan que necesitamos cada día,
perdónanos nuestros pecados,
ya que nosotros también perdonamos
a todos los que faltan contra nosotros,
y no nos expongas a la tentación.

Todos los evangelios nos recuerdan las enseñanzas que Jesús transmitió a sus discípulos sobre la oración, incluso Marcos que nos presenta pocos discursos (Mc 12). Vamos a detenernos un instante en el «Padre nuestro», que se encuentra en Mateo y Lucas: texto fundamental, aunque difícil en su formulación; después podremos leer de nuevo las enseñanzas de Jesús sobre nuestra actitud en la oración según Lucas: constancia y valentía, confianza inquebrantable.

1. EL «PADRE NUESTRO»

Mateo (6, 9-15) y Lucas (11, 2-4) nos presentan dos fórmulas un tanto diferentes del «Padre nuestro».

El «Padre nuestro» es difícil de traducir, pues sus fórmulas, breves, reutilizan expresiones bíblicas. No po-

demos contentarnos con traducirlas literalmente, hay que expresarlas en castellano.

¿Por qué dos «Padre nuestro»?

Es probable que su origen se encuentre en el uso litúrgico de diferentes iglesias. Los primeros cristianos estaban convencidos de que la fidelidad al pensamiento de Jesús era más importante que la reproducción material de sus palabras. Lo mismo sucede con las fórmulas de la eucaristía.

Es difícil decir cuál es la forma más antigua. Si tenemos en cuenta la tendencia habitual de la liturgia, habría que dar la preferencia a la fórmula más corta: la liturgia añade casi siempre y corta raras veces. Por otro lado, el texto de Mateo posee un ritmo más adecuado y sus fórmulas son más semíticas: es comprensible que una iglesia griega, como la de Lucas, lo hubiera recortado y adaptado.

¿Cuál es la función del «Padre nuestro»?

En primer lugar, tenemos que darnos cuenta de que el «Padre nuestro» no es una fórmula de oración: Jesús no nos dio un texto para que lo recitáramos. Es más bien el modelo, el tipo de toda oración: nos permite situar, unas en relación con otras, las diferentes orientaciones e intenciones de la oración, así como jerarquizarlas. Se ruega antes por la gloria de Dios que por el pan de cada día.

Muchas veces se suele decir: las tres primeras peticiones están orientadas hacia Dios, las tres últimas hacia el hombre. Esto es absolutamente inexacto. Las primeras piden, *al mismo tiempo*, la gloria de Dios y la salvación de los hombres. «Venga tu reino»: se pide evidentemente que Dios sea reconocido en su poder y en su gloria, pero el reino de Dios incluye nuestra salvación y su gloria consiste en salvarnos. Como dice magníficamente san Ireneo: «La gloria de Dios consiste en que el hombre viva». No se puede oponer lo «vertical» (la preocupación por Dios) y lo «horizontal» (el interés por el hombre): ¿cómo ocuparse de Dios desinteresándose de sus hijos y de sus hechos de salvación? ¿Cómo ocuparnos de nuestros hermanos, si no reconocemos en ellos su calidad de hijos de Dios? Pedir que el reino de Dios llegue, es pedir que Dios se manifieste en su gloria, y esta gloria consiste precisamente en nuestra salvación.

Padre nuestro del cielo

Extraordinaria antítesis: «Padre» evoca la proximidad, la confianza, la ternura, el «papá-abba» que Jesús nos ha enseñado, y por otro lado, «del cielo» expresa la trascendencia, el misterio inaccesible: Dios está fuera de nuestro alcance.

Las tres primeras peticiones tienen el mismo objeto. La primera y la tercera están en pasiva, que en la lengua de Jesús es una manera de invitar a Dios a que pase a la acción. No se ora para que los hombres acepten obedecer, sino para que Dios realice su voluntad. Sólo Dios

puede realizar lo que se le pide. Esto intentan expresar los imperativos de la traducción.

Santificado sea tu nombre

En el lenguaje bíblico, el nombre de Dios es Dios mismo, más concretamente su persona en cuanto centro de culto. La fórmula viene de Ezequiel, que la utiliza varias veces (Ez 20, 41; 36, 23...); que Dios santifica su nombre quiere decir que manifiesta su gloria purificando a su pueblo de sus pecados, salvándolo. Se le pide pues que pase a la acción, que se revele tal y como es, es decir salvador. Y sólo él puede hacerlo. «Hazte conocer como Dios» expresa bien esta idea, al mismo tiempo que guarda el aspecto del nombre.

Venga tu reino

Esta expresión nos es más accesible y familiar: Jesús habla del reino muchas veces en el evangelio. Este reino se realiza concretamente en la salvación de los hombres; ya Isaías (52, 7) o los salmos (96, 10; 97, 1; 98, 6) lo entendían así. «Haz que venga tu reino» corresponde mejor a la mentalidad bíblica, según la cual sólo Dios puede establecer su reino, revelar a Jesucristo en la parusía, resucitarnos.

Hágase tu voluntad

Hoy en día esta fórmula se nos presenta como la expresión de un cierto conformismo, resignación y pasividad. Por otro lado, en seguida pensamos en la oración de Jesús en Getsemaní, que es ciertamente una oración de auténtica aceptación de la voluntad de Dios. Pero la petición del Padre nuestro es más amplia. Para el Segundo Isaías, por ejemplo, la voluntad de Dios es nuestra salvación. Por ello, lo que aquí se pide es que se cumpla su designio de salvación: «haz que tu voluntad se cumpla», tu voluntad que consiste en que nos salvemos todos.

En la tierra como en el cielo

Esta expresión tiene un sentido más profundo que «por todos los sitios». Es cierto que existe la comparación entre un «lugar» —llamado «cielo»— en el que esta voluntad de Dios, este reino de Dios existen, y un lugar donde no existen todavía: la tierra, el lugar donde la libertad está constantemente sometida a prueba, a la tentación. Se pide pues que todo esto se cumpla, *«en la tierra, de igual manera que lo que ya se vive en el cielo»*.

Por ello, estas tres primeras peticiones piden, de manera única e indivisible, la gloria de Dios y la salvación de los hombres. En ellas tenemos los dos polos de toda la vida, de toda la oración, de toda la acción de Jesús, de nuestras propias acciones. No podemos separar lo vertical de lo horizontal; no hay gloria de Dios más que en la salvación de los hombres; no hay salvación de los hombres más que en la gloria de Dios.

Las tres últimas peticiones expresan nuestra experiencia humana. Jesús es consciente de nuestras preocupaciones, angustias, esperanzas, que jalonan el camino hacia el establecimiento del reino de Dios. Por ello, una vez presentadas las peticiones fundamentales de la oración cristiana, nos invita a presentar igualmente las peticiones humildes y concretas de nuestra vida diaria.

Danos hoy el pan que necesitamos

La palabra griega que traducimos por «que necesitamos» es difícil de traducir correctamente, ya que no la encontramos fuera de este texto. Se han propuesto diversas traducciones. Lo que sí está claro es que no se pide una especie de seguro para el futuro. Jesús nos invita a pedir, día a día, el alimento que necesitamos. Y esto con confianza, ya que Dios es bastante más bondadoso que todos los padres de la tierra, y ninguno de éstos «daría una piedra a su hijo si éste le pide pan» (Mt 7, 9). Dios, que antiguamente alimentó a su pueblo en el desierto, día a día, con el maná (Ex 16), puede seguir haciéndolo.

Perdónanos nuestras faltas contra ti, como nosotros hemos perdonado a los que tenían faltas contra nosotros

El auténtico obstáculo entre nosotros y Dios es el pecado. Frente a su amor, nos encontramos totalmente incapaces de responder plenamente; somos como deudores insolventes, incapaces de reparar el daño que hacemos a los otros y a nosotros mismos. Pero Jesús es la revelación viva de este perdón de Dios, que es pura gracia. Nos ofrece el medio de acogerlo, sin herir nuestra dignidad de hombres, perdonando nosotros mismos a nuestros hermanos antes de pedir el perdón de Dios.

Y no nos espongas a la tentación, mas líbranos del tentador

Esta petición es la más difícil de traducir; el griego dice: «no nos dejes entrar en la tentación». La traducción vulgar «no nos sometas a la tentación» es un fallo garrafal: da la impresión de que es Dios el que nos tienta, cosa que no tiene sentido. Por otro lado, no podemos pedir a Dios que nos libre de esta experiencia inevitable de la tentación en la que, por otro lado, se afirma nuestra libertad. Es ley de la condición humana, y Jesús también pasó por ella. Quizá sería mejor decir: «haz que no caigamos en la tentación», fórmula que se aproxima a la traducción en castellano utilizada normalmente: nos dirigimos a Dios, esperamos su acción y le pedimos ayuda.

Este «Padre nuestro», nacido de la oración de Jesús, norma de toda oración, posee una plenitud admirable. En primer lugar, nos invita a saludar a Dios como a nuestro Padre, reconociendo al mismo tiempo su trascendencia: el más próximo y el más lejano. A continuación, nos introduce en la indivisible unidad de los dos polos de la vida del cristiano: la gloria de Dios y la salvación del mundo; no se puede separar a Dios de su plan, de su obra, de su reino. Después, y dentro de la unidad de esta doble intención, pueden colocarse las necesidades cotidianas: el hombre

necesita pan, perdón y ayuda en la tentación.

El «Padre nuestro», modelo de toda oración, nos introduce en la comprensión de la salvación, que, siendo don de Dios, no puede sin embargo realizarse sin nosotros. De esta forma, orienta toda nuestra vida. Dios ha enviado a su Hijo para que anuncie su reino, inaugure su realización, nos invite a servirle. «Haz que venga tu reino»: no podemos pedirle esto sin colaborar a su realización, así como tampoco podemos pedirle nuestro pan y quedarnos cruzados de brazos.

La oración es el acto de fe por excelencia. Entrar en el «Padre nuestro» es ponerse a verlo todo desde el punto de vista de Dios. Es esperarlo todo de su gracia, al mismo tiempo que ponemos a la disposición de esta gracia todas las posibilidades de nuestra inteligencia y de nuestra acción. La grandeza de los hijos de Dios es entrar, sin medianías, en la obra de su Padre.

2. LA ORACION DE LOS DISCIPULOS

Jesús no solamente rezó, sino que enseñó a sus discípulos por qué y cómo rezar. En el evangelio de Lucas se insiste particularmente en la constancia y perseverancia que hay que tener en la oración.

Insistir

Inmediatamente después del «Padre nuestro», Lucas sitúa la *parábola del amigo que se deja convencer* (11, 5-13). Abre la puerta a su amigo inoportuno únicamente para que le deje en paz. Jesús dice: así tenéis que rezar a Dios...

La *parábola de la mujer anciana y el juez* (18, 1-8) es muy parecida ⁴. Lucas la introduce de la manera siguiente:

⁴ Las parábolas se presentan muchas veces en parejas: la dracma y la oveja perdida, la mostaza y la levadura, el hombre que construye una torre y el rey que va a la guerra...

te: «Jesús les dijo esta parábola para explicarles que es necesario rezar siempre sin desfallecer».

Estas dos parábolas son francamente bonitas y están impregnadas de humor, pero cuando colocamos en sobreimpresión las largas noches de Jesús en oración, la noche de lágrimas y sangre de Getsemaní..., nos damos cuenta de que Jesús lo vivió todo antes de enseñarlo. Al final de su larga oración en el monte de los olivos, Jesús, que pocos momentos antes estaba desesperado, acabado, se encuentra de pie y dispuesto a recibir a los que vienen a detenerlo.

Aguantar en la espera

La conclusión del segundo discurso escatológico (21, 34-36) va en el mismo sentido. Jesús, después de anunciar la venida del hijo del hombre, concluye: «Vigilad y orad, no sea que vuestros corazones se emboten con el vino y los agobios de la vida...». La parábola del juez y de la viuda forma la conclusión del primer discurso de Lucas sobre el fin del mundo. Esto marca el carácter específico de la oración: es necesario vigilar y orar en la espera activa de la venida del reino de Dios.

Pedir el Espíritu Santo

En el texto de Lucas se ora en primer lugar para conseguir los bienes espirituales. En sus preocupaciones, el autor del tercer evangelio ha conservado el orden del «Padre nuestro»: se pide pan, ciertamente, pero antes de nada la obra de Dios, la salvación. La conclusión que Jesús añade a la parábola del amigo que se deja convencer es muy significativa (11, 9-13). Mateo nos trae una enseñanza semejante, pero la sitúa en el sermón de la montaña: «Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre del cielo dará cosas buenas a los que se las pidan» (Mt 7, 11). Lucas tiene casi el mismo texto: sólo cambia una palabra: «...cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan». El Padre hará toda clase de regalos a

sus hijos; Lucas se interesa por el regalo más importante: el Espíritu Santo. En los Hechos, nos muestra cómo nació también del don del Espíritu ⁵.

La enseñanza sobre las preocupaciones está situada en la misma línea (12, 29-31). Jesús, en Mateo (siempre en el sermón de la montaña), declara: «No os inquietéis ni digáis: ¿qué comeremos?, ¿qué beberemos?, ¿de qué nos vestiremos? –todo esto lo buscan sin descanso los paganos– bien sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todas estas cosas. Buscad primero el reino y la justicia de Dios, y todo el resto se os dará por añadidura» (Mt 6, 31-33). Lucas es mucho más exigente: «no busquéis lo que vais a comer... Buscad su reino...»; el «primero» desaparece; para el discípulo, el reino de Dios es la única verdadera preocupación.

3. LA ORACION POR JESUS Y A JESUS

Después de pascua, los Hechos de los apóstoles nos presentan a los discípulos orando en el cenáculo; les vemos igualmente orando en el templo. Pero la gran novedad pascual es la aparición de la oración por Jesús y a Jesús.

Mientras estuvo en vida, jamás le habían rezado. Solamente por la resurrección se convierte en nuestro señor, por tanto en objeto de culto. Cuando los apóstoles andan atareados intentando elegir el miembro número doce del colegio de los apóstoles, que reemplace a Judas, oran al Señor Jesús: ya que fue él quien eligió a los doce, que elija también ahora al reemplazante (Hch 1, 24). Lucas nos describe la muerte de Esteban como había presentado la de Jesús, pero mientras que éste se dirigía al Padre, Esteban exclama: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» (Hch 7, 59). Pedro y Juan después de su arresto se encuentran

⁵ En los Hechos, el Espíritu es el «don» por excelencia: Hch 2, 38; 5, 32; 8, 20; 10, 45; 15, 8. También lo dicen Juan y Pablo: Jn 3, 34; 14, 16; 1 Jn 3, 24; 1 Tes 4, 8; 2 Cor 5, 5; Rom 5, 5.

Quien dice de Dios «él» sin jamás decir «tú»...

Quien evangeliza sin rezar, terminará por no evangelizar.

No sólo olvida cargar sus baterías; lo que hace es hundirse en la hipocresía. ¿Cómo podrá hablar de alguien como de una persona viva y viviente, si no se dirige nunca a él? Quien dice de Dios «él» sin jamás decir «tú», está olvidando poco a poco los rasgos del rostro de Dios. Llegará pronto el día en el que Dios no será más que una idea, y en seguida una palabra solamente. Lo que sucede es que ya desde el principio hay un fallo de lógica. Es imposible hablar concretamente de un Dios a quien no se escucha y al que no se habla jamás. Una de las grandes lecciones del P. de Foucauld es que no habla nunca de Dios, sino que habla siempre a Dios. El summum de la revelación de Jesús es esta oración sacerdotal en la que él nos hace testigos de su diálogo con el Padre.

Sólo la oración puede hacer que nuestra fe sea auténtica y concreta. Sin ella, incluso nuestra acción será incapaz de concretar nuestra fe ni de dar testimonio de Dios. La idea de Dios, separada del diálogo con él, no se concreta, aunque la rodeemos de múltiples acciones a nivel temporal. La «vivencia» de la evangelización no lleva consigo únicamente el acercamiento entre los hombres, implica al mismo tiempo el diálogo con Dios.

Paul GUILLUY:
Jesus Caritas, enero (1973).

libres en medio de la comunidad reunida; su liturgia comienza con una oración judía dirigida a Dios como creador: «Tú que creaste el cielo y la tierra...», pero se termina así: «por el nombre de tu santo servidor Jesús, el mesías» (Hch 4, 24-30). Este es el punto de partida de nuestra fórmula litúrgica: «por Jesucristo...».

Durante su vida terrestre, Jesús situaba a sus discípulos ante Dios, y él mismo se situaba, con ellos, ante Dios. En su misterio pascual, él está presente, para nosotros ante Dios, siempre vivo para interceder por nosotros. Esta experiencia pascual fue cuajando y expresándose espontáneamente en la oración por Jesús y a Jesús. El culto cristiano nació en el misterio de pascua, en la certeza de su presencia para siempre junto a Dios.

Véase: H. SCHURMANN, *La prière du Seigneur*. L'Orante, Paris 1965; J. JEREMIAS, *Paroles de Jésus*. Cerf, Paris 1963, 51-79; J. CARMIGNAC, *A l'écoute du Notre-Père*. Ed. de Paris, Paris 1971, 125 p. (el autor condensa en este pequeño libro su estudio sumamente técnico y profundo: *Recherches sur le Notre Père*. Letouzey, Paris 1969, 608 p.); J. DELORME, *Pour une catéchèse biblique du «Notre Père»*. A propos de la nouvelle traduction: L'Ami du Clergé, 14 avril (1966) 225-237.

